

UNO

El año en que Roldán salió de la cárcel hubo un accidente en el hipódromo y el arupo del doctor Kronz no floreció, pero yo seguía soportando la misma lluvia dispersa, monótona, el mismo paisaje de todos los días. Ahora, cuando me he propuesto hacer un esbozo de ese año, supongo que voy a modificarlo en el sueño y a ordenar esa vida provinciana, sin alicientes, a la cual estuve sometido. Por eso voy a componer el perfil de una ciudad imaginaria, pues la otra, la ciudad real, se ha ido desvaneciendo entre los recuerdos y la lluvia. ¿Cómo definirla sin correr el riesgo de limitar sus horizontes? Una ciudad es la memoria del lugar donde uno habita o un álbum abierto donde se conservan los recuerdos de una felicidad pasada y mentirosa. También es una manera de convivir con los fantasmas del amor.

Para inventar esta ciudad me ha bastado echarme en la cama con unos cuantos libros y dejar que la higuera vaya alargando sus ramas hasta el borde de la ventana. Durante el mes de agosto aparecieron por el estudio un montón de moscas apáticas, ruidosas, que se arrastraron infladas con el calor del verano por encima de los libros. Aquí nada iba a cambiar, porque esas moscas y el tedio parecían haberse adherido a la piel de las cosas.

Admito que hice de la soledad una elección, como otros deciden cambiar el *whisky* por una botella de vodka. Mi única finalidad era mantenerme fuera del mundo y de las miradas indiscretas. Incluso solía preguntarme, reiteradamente, sobre la mediocridad de mi vida. Había decidido soportar a los colegas del periódico, a pesar de que ellos contribuían a duplicar en un espejo el horror de mi existencia.

Por lo mismo, he anotado en un cuaderno todo lo relacionado con Sofía, en especial los encuentros con ella en el parque. Al verla parada bajo los árboles admiraba la sensualidad de su cuerpo, cuando reía y se columpiaba con el vestido agitado por el viento y, con un impulso, tocaba el barro húmedo del piso. Entonces dejaba caer los brazos con un suspiro de alivio y complicidad, y sin parar de balancearse en el columpio, alzaba la vista al cielo, como si hubiera aplazado el momento del encuentro entre los dos, bajo la luz satinada de la tarde.

Confieso que soy un cronista sin convicción, que malvive como un topo en las cloacas de un periódico. Admito, con el paso del tiempo, que Sofía pudo haber optado por establecerse en Nueva York, porque no deseaba sucumbir al hechizo al que yo la tenía habituada, haciendo de ella sólo un deseo y un tumulto de palabras. Viajo por los linderos de mi imaginación hasta verla desplazándose por el Village, arrastrándose por esos mercados con la acechanza y el recuerdo diluido de los perfumes. La última vez que oí hablar de ella fue en Guápulo. La tarde se impregnó de humedad, con amenaza de lluvia, y yo me dejé contagiar por una tristeza inmutable, casi perfecta. Desde el rincón más apartado del Café la Luna, con la cara vuelta al abismo de Guápulo, el pintor extendió la mano y habló en tono impersonal de Sofía. En su cara fatigada por tantas noches de insomnio yo percibí, después de esa reunión, que Rumazo no tuvo coraje para confesar que aún la esperaba.

Por lo demás, fui acumulando con la voracidad de un coleccionista algunos recortes de prensa: fotografías, artículos, noticias que describían con sutileza la conciencia de esta ciudad. A veces,

al examinar las fotografías, yo me veía como cómplice y testigo, buscando un sentido real para esos rostros que descansaban en un cajón de mi escritorio. En las noches de lluvia y calma esbocé algunos retratos. Desde luego, apelé para ello a la escritura, incluso tendí un puente entre mi vida cotidiana y la existencia de esos desconocidos que me observaban imperturbables desde las páginas de los periódicos. A través de esos recortes y fotografías fui levantando un improbable, y a la vez poco convincente, plano de la ciudad. Así inventé un hipódromo y un lugar donde tuvieran sentido los encuentros con Sofía. No sé si alguien la puso en boca del Alcalde, o si la señora Melania la oyó cuando visitaba el Municipio, pero lo cierto es que la frase ha circulado como moneda corriente por la ciudad: «Apostar es un exceso y una debilidad», se decía. «Una debilidad propia del Coronel, cuando de lo que se trataba era de ganar sin apostar, reteniendo el aliento y esperando que los otros hicieran lo suyo». Al mismo tiempo imaginaba el aspecto de Douglas Castillo cuando salía del Municipio esquivando el frío de la tarde, para deslizarse emparejado a los muros y emprender, trastabillando, el ascenso hasta el Panecillo. Allí se pondría a mirar con una remota, velada felicidad, lo que había logrado conquistar. También he imaginado una historia para Roldán rastreando las orillas cenagosas del Machángara que imitaba, sin saberlo, las curvas desiguales de un río de montaña.

Con frases hechas de tinta y anhelo, había levantado un escenario donde se desarrollaría la historia de un hombre recién salido de la cárcel. En vano he intentado poner en orden el movimiento casi impalpable de la vida, apoyándome en el fluido incesante y sucesivo de las palabras, pues si en la cárcel hubo voces desconfiadas, ahora, en cambio, debía agregar los pasos recelosos de ese hombre cuando andaba libre por la calle. Al comienzo supuse que se quedaría en el hotel adonde se había mudado, pero cometí el error de creer en su palabra.

Desde la soledad de un cuarto, Roldán me obligó a inventar la historia de su vida. Así volvía a ser el mismo hombre con un

pasado y una biografía penitenciaria. En la foto que conservo en el estudio aparece protegido por una especie de sonrisa que le desfigura la cara, y se mantiene impasible ante su propia desgracia esperando afrontar con calma la violenta embestida del fotógrafo. Pero no era el único. A lo largo de los anaqueles de la biblioteca había otras fotos que infundían respeto, con rostros de asesinos tan célebres como Lee Harvey Oswald, Camacho, Perry Smith, Chessman, Charles Mason y Gary Gilmore.

A veces yo acudía donde un anticuario cuya conversación giraba sobre lo mismo: libros raros, mujeres y dinero. Una tarde fui a visitarlo. Sentí pesadumbre al ver la envejecida silueta de don Bonifaz mientras arrastraba con vehemencia la silla.

—Anímese, es una auténtica joya. Sólo usted puede apreciarla —dijo el viejo encendiendo un cigarrillo—. Es una edición al cuidado de Claude Bragdon para Garnier.

—Arte erótico en la Colonia —repetí en voz alta, cogiendo el pesado volumen sin interés—. No conozco al autor.

—En este caso no cuenta el autor —repuso—. Lo que vale es la edición de 1897.

—¿Es tan grande el arte colonial como dicen? —intervino una muchacha con aire provocativo, mientras hojeaba un libro encuadernado.

—Bueno, el arte colonial... Eso depende —replicó don Bonifaz, volviéndose para mirarla—. Una cosa es cierta. Aquí hubo pintores de renombre.

—En el fondo no deja de ser un arte presuntuoso, de copiones —declaró—. ¿Acaso no son una versión inmoderada de lo que somos? Yo ando buscando otra cosa.

—Hágame un favor —dijo con un poco de fastidio—. Al menos dígame lo que quiere.

—No sé, todo esto es una lata.

Al oírla expresarse con tanta seguridad, me sentí confundido. En ese momento hubiera querido no ver ese rostro modelado con trazos esenciales sobre la mampara de cristal, porque ahí estaba la

rara intensidad de su secreto. Hubiera querido ser ella, para preguntarme quién era y así romper la tensión que iba aumentando, hasta separarnos. Quise disimular mi cobardía, aceptando la amenaza del deseo, sin tener que sustituirlo por una tonta cortesía. Hubiera deseado ignorar, sin más, la conversación a la que fui sometido para colmar su vanidad.

—¿Le gustan los ángeles, señorita? —le preguntó don Bonifaz, sonriendo.

—Sí, siempre que se los pueda ver —dijo soltando una carcajada.

Sin mirarme abiertamente, siguió dando vueltas por el local. La tarde resbalaba lluviosa y decidida, pero yo no lograba definir a la muchacha. De pie junto a los anaqueles, donde convivían bajo el mismo infierno de polillas una antigua colección de diccionarios y una edición barata de Quevedo, la muchacha sonrió y finalmente se hizo visible para mí. Sus rasgos se fueron definiendo hasta alcanzar la plenitud de lo conocido. Creo que por un instante desvié la vista, alternativamente, desde la boca construida sobre delicados matices de pudor hasta el brillo sostenido de sus ojos. Actuaba como si yo no existiera para ella, o quizás esa era su manera de hacerme sentir que estaba allí. La miraba con curiosidad, fingiendo leer unos versos de Olmedo, en la edición de Clemente Ballén. Pero entonces tuve una sospecha. Pensé que estaba simulando y que sus provocaciones no eran una respuesta, sino una forma de rechazo por el retrato apresurado que había hecho de ella.

—Señorita, tal vez le interese este libro de plantas medicinales —empezó a decir el viejo, pero ella lo interrumpió.

—Soy alérgica.

Me reí un momento. Sabía que estaba mintiendo.

—¿A las plantas?

—No, al polvo.

Fue cuando me miró con sus ojos redondos y apacibles, injertados como dos manchas de aceite a los lados de la nariz. Recuerdo que se puso a examinar el pañuelo que sobresalía de su cartera. Pasó revista a los libros expuestos sobre la mesa y trató de mostrar

interés por aquel viejo, como si presintiera que yo también formaba parte de la misma ruina. Caminó hasta la puerta y, sin volverse, declaró antes de salir:

—Me disculpa, pero esto es un cementerio.

Regularmente le compraba a don Bonifaz un montón de libros. Por eso volvía una y otra vez al Madrilón, donde me sentaba a tomar chocolate y a examinar a la gente que caminaba por la calle. A través del perfil sombrío del poeta Jaime Sáenz, me llegó el recuerdo y la superstición veraniega de los arupos en flor, junto con la idea inquietante de las fotografías que conservaba en el estudio. Esas fotografías volvieron a usurpar mi soledad, pues aunque me esforzaba por ignorarlas no dejaron de hostigarme.

Así como el tiempo deja crueles señales en la cara de un hombre, o sutiles arrugas en los labios de una mujer, fue terrible lo que pasó en el hipódromo. Es un hecho que empezábamos a envejecer sin sabiduría, olvidando que la vida no puede ser sólo risas y conversaciones mantenidas con el dulce veneno del alcohol. Esas fotografías, con los rostros pegados en la pared, me indicaban que cada uno de ellos prometía ser el germen de una historia que merecía ser contada. Al volver sobre esos recortes supe que a todos les unía el mismo código secreto, un código que estaba muy lejos de entender.

Ahora, cuando examino de nuevo la foto de Roldán, y observo un hombre amparado por la luz gris de la mañana, me doy cuenta de que sigo vinculado a un crimen acaecido hace muchos años. Entonces cierro los ojos y veo las cosas sólo a través de ese crimen, porque de este modo podría interpretar lo que sucedería después.

Sí, supongo que fue Félix Gutiérrez quien hizo la fotografía. Su ambición le permitió poner en práctica y atribuirse una de mis peores pesadillas: aquella donde flotan y se suceden imágenes danzando como peces en mis noches de borrachera. Roldán aparece de pie junto a un policía, con la mandíbula dirigida hacia la cámara. Así quedaría registrado en la foto con la cara desvinculada del resto del cuerpo. Pero donde Gutiérrez alcanza su máxima destreza es

cuando capta la expresión de sus ojos grises, desafiantes, con la boca fijada en una mueca desdeñosa.

De esa fotografía, indudablemente destinada a la posteridad, puedo asegurar que ni Félix Gutiérrez, ni quienes vimos el rostro de Roldán reproducido después en el periódico, sospechábamos cuánto habría de influir en el futuro, ya que fue esa foto la que contribuyó en gran medida a destruir el perfil provinciano de esta ciudad. Esa cara hecha de desprecio, con la exacta precisión del espanto, nos hizo considerar el alcance de lo sucedido. Hasta ese momento vivimos una existencia aldeana, insustancial, a la medida de los burocratas y los políticos de turno, pero luego fue diferente.

«Desde el instante en que vislumbré su cara en el Camal, supe que algo había cambiado y que nada volvería a ser como antes», nos había dicho el abogado Recalde, porque Roldán era la encarnación de todos los hombres que empezaron a poblar esta ciudad. En realidad, estábamos habituados a los brutales machetazos de los campesinos, pero esto era diferente, porque había inaugurado una nueva era para los informes policiales. Cuando una noche sacó el revólver y disparó contra esa mujer en el Bar Silvia, mostró tanto desprecio que apiadarse de él era como rendirse al horror de su destino. Aún lo recuerdo, como si fuera hoy. Sujetaba con firmeza las muletas y tenía el rostro inexpresivo, pero no hubo ningún vestigio de culpa ni de arrepentimiento cuando le oí decir: «Carajo, ¿por qué tanto escándalo, si sólo era una puta?». Parecía haber ensayado cuidadosamente la escena antes del crimen para luego ingresar, gracias a una fotografía, en la posteridad.

Si no pude rescatar el sentido de esas vidas, era porque cada una tomó un camino distinto. Por eso vivía en suspenso. Hasta que al fin ocurrió el milagro. Alguien mencionó en mi oficina que tanto Roldán como Lena vivían en Baños. Creo que fue Mercedes Mafla —colaboradora del periódico y especialista en Entomología Andina—, quien me aseguró haber llegado a un hotel regentado por una rusa y un tipo que andaba con muletas. Gracias a su testimonio, hoy puedo hablar de ellos con certeza.